



UN CRUCE DE CAMINOS. DESCRIPCIONES ETNOHISTÓRICAS SOBRE LA PRESENCIA DE MUJERES AYMARAS BOLIVIANAS EN EL VALLE DE AZAPA (ARICA, CHILE)

A CROSSROADS. ETHNOHISTORICAL DESCRIPTIONS OF THE PRESENCE OF BOLIVIAN AYMARA WOMEN IN THE AZAPA VALLEY (ARICA, CHILE)

Menara Guizardi^{1,2} y Claudio Casparrino^{3,4}

El artículo presenta una descripción etnohistórica contextualizando la experiencia actual de migrantes bolivianas aymaras en el Valle de Azapa (Arica, Chile). Se contrastan los registros de diarios de campo e imágenes etnográficas con las informaciones sobre estos espacios detalladas en la literatura antropológica e histórica previa. Partiremos explicando la metodología del estudio y situando el contexto, con datos sobre la conformación histórica de este territorio fronterizo. Relacionaremos estos aspectos con el incremento de la migración boliviana en las últimas tres décadas. Luego, narraremos la historia reciente de este espacio, mostrando cómo sus terrenos se convirtieron en uno de los enclaves agrícolas más importantes del norte chileno. Finalizaremos describiendo la experiencia de migrantes bolivianas que transforman este paisaje con su trabajo.

Palabras claves: mujeres migrantes, agricultura, descripción etnohistórica, Arica, Triple-frontera Andina.

The article presents an ethnohistorical description contextualizing the current experience of Bolivian Aymara migrants in the Azapa Valley (Arica, Chile). It contrasts ethnographic field diaries and images with the information on these spaces detailed in the previous anthropological and historical literature. We will start by explaining the methodology and locating the context, with data on the historic conformation of this border territory. We will then relate these aspects to the increase in Bolivian migration over the last three decades, before narrating the recent history of the area, showing how its lands have gradually become one of the most important agricultural enclaves in northern Chile. We will finish by describing the experiences of Bolivian migrants who have transformed this landscape through their work.

Key words: Migrant woman, agriculture, ethnohistorical description, Arica, Andean Tri-border Area.

En la Frontera/tú eres el campo de batalla/
donde los enemigos están emparentados
entre sí; /tú estás en casa, una extraña, /las
disputas de límites han sido dirimidas/el
estampido de los disparos ha hecho trizas
la tregua/estás herida, perdida en acción/
muerta, resistiendo [...]P ara sobrevivir en
la Frontera/debes vivir sin fronteras/ser un
cruce de caminos (Anzaldúa 1987:194-195).

En 2019, empezamos una investigación etnográfica
sobre la experiencia de mujeres transfronterizas en
los territorios de la Triple-frontera Andina (entre

Bolivia, Chile y Perú). Nuestro objetivo consistía
en comprender cómo las sobrecargas productivas
y reproductivas las empujaban a experiencias de
vulneración. Este artículo sintetiza los resultados
de nuestra primera etapa investigativa, presentando
una descripción etnohistórica que contextualiza la
experiencia de las mujeres bolivianas aymaras en el
Valle de Azapa (Arica, Chile).

Fundamental en la tradición antropológica, la
descripción etnográfica constituye un paso clave para
el registro e interpretación de las particularidades
socioculturales, económicas y políticas de los espacios
investigados. Pero a diferencia de los usos clásicos,

¹ Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales, Universidad Nacional de San Martín, Argentina. menaraguizardi@yahoo.com.br, ORCID ID: 0000-0003-2670-9360

² Universidad de Tarapacá, Arica, Chile.

³ Instituto Nacional de Tecnología Industrial, Buenos Aires, Argentina. claudiocasparrino@gmail.com, ORCID ID: 0000-0002-4290X

⁴ Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina.

Recibido: junio 2020. Aceptado: julio 2024.

<http://dx.doi.org/10.4067/s0717-73562024005000602>. Publicado en línea: 22-septiembre-2024.

en este estudio la descripción no considera que las comunidades y personas estén atrapadas en una condición sincrónica (Fabian 2014). Al contrario, se analizan las transformaciones del contexto investigado para, a partir de la sensibilidad histórica, interpretar sus devenires en la vida cotidiana de quienes hoy lo habitan (Fabian 2014).

En la primera parte de nuestra descripción, realizaremos un ejercicio analítico que “extiende la etnografía”, haciéndola dialogar con otros registros. El intuio es avanzar en articulaciones interdisciplinarias que potencien el lenguaje antropológico a partir de la yuxtaposición de diferentes formas de recopilación de informaciones contextuales. Así, emprenderemos una reconstrucción etnohistórica sobre los territorios de la Triple-frontera Andina, situando específicamente el papel diacrónico de la vinculación entre migración y heterogeneidad sociocultural. Este ejercicio -realizado a partir de la revisión de la literatura previa- entregará elementos para interpretar las actuales configuraciones de la migración y de las identidades étnicas en Azapa. Además, puede servir de subsidio a nuevos estudios, proporcionando elementos para la comprensión de los procesos a través de los cuales este espacio social se articula.

En la segunda parte del ejercicio, recuperaremos las informaciones recopiladas en nuestros diarios de campo para describir la vida cotidiana de las mujeres aymaras bolivianas en el Valle de Azapa. Pero ¿quiénes son ellas?

La mayoría de nuestras interlocutoras se autorreconocieron pertenecientes al pueblo aymara; nacieron y crecieron en villas rurales indígenas de Bolivia, donde tuvieron poco acceso a la educación formal, a la salud pública, a la protección social. Aprendieron a trabajar desde muy pequeñas, junto a sus madres, en las faenas rurales o en el comercio. Con las figuras femeninas de sus familias, aprendieron también que la sobrecarga de los cuidados (de personas, animales, objetos y entornos) y de trabajos domésticos es un mandato que las mujeres sostienen con grandes consecuencias para su vida y salud. El castellano fue el segundo idioma para todas. Pasaron sus infancias y adolescencias en contextos comunitarios en los cuales la violencia masculina era un lenguaje cotidiano, al que fueron socializadas precozmente. Al crecer, vieron estas relaciones violentas establecerse en sus propias experiencias de pareja. Su migración hacia Arica está conectada a esta historia personal y familiar.

En síntesis, como mujeres, indígenas, trabajadoras rurales, migrantes y transfronterizas, las protagonistas

de este artículo viven la intersección continua de diferentes formas de límite (simbólico, social, político y económico). Cruzar las fronteras nacionales es una estrategia que emprenden para desafiar el peso de estas limitaciones. Sería incorrecto suponer, no obstante, que esta movilidad significa para ellas una agencia libertadora. Entre posibilidades y restricciones, ellas sitúan su acción en este tenue espacio dialéctico donde la ruptura y la continuidad constituyen una provisoria síntesis.

En la descripción de los entornos y de vida cotidiana de estas mujeres en Azapa, utilizaremos las fotografías para ilustrar las escenas y situaciones observadas. Este registro visual se comparte aquí, además, como testimonio de un momento histórico particular. Buscamos facilitar imágenes que podrán ser apropiadas en nuevos estudios.

Unidos, estos dos ejercicios descriptivos (histórico y etnográfico) apuestan a contribuir a una perspectiva descentralizada y etnodescentrada de la historia local, en tanto apuntan a los aspectos invisibilizados de la narrativa nacional hegemónica sobre las fronteras del norte chileno, usualmente construidas a partir de los intereses específicos y sentidos de representación identitaria de la élite santiaguina (Guizardi et al. 2019). Desde esta postura, este artículo se guía por un posicionamiento teórico-político crucial: “La necesidad de pensar más allá de las narrativas de las subjetividades originarias e iniciales, y concentrarse en esos momentos o procesos que se producen en la articulación de las diferencias culturales” (Bhabha 1994:18). Así, emprendemos una reconstrucción histórica de momentos icónicos de las relaciones de diferencia en las inmediateces de la Triple-frontera Andina y, especialmente, en Arica.

Partiremos por describir, en el segundo apartado, la metodología del estudio. El tercero sintetiza la conformación histórica de este territorio fronterizo y la relaciona con el incremento de la migración boliviana en las últimas tres décadas. El cuarto narra la historia reciente de Azapa, mostrando cómo sus terrenos se convirtieron en uno de los enclaves agrícolas más importantes de Atacama. Además, presentaremos a las mujeres bolivianas que transforman el paisaje del valle con su trabajo. Finalizamos sintetizando los hallazgos del estudio.

Metodología

La metodología del estudio se estructura en dos ejes. El primero refiere a la revisión sistemática de la

literatura histórica, antropológica y sociológica sobre las configuraciones de la Triple-frontera Andina, que sintetizamos en el tercer apartado. Revisamos 80 publicaciones, recopilando los elementos que permiten describir cómo las configuraciones económicas y políticas del contexto influyeron en la composición migratoria y étnica de Azapa.

El segundo refiere al trabajo de campo etnográfico, subsidio del cuarto apartado. Asumimos la etnografía como la observación sistemática de los contextos sociales con la finalidad de participar de ellos, registrarlos, analizarlos y construir relatos. La perspectiva metodológica etnográfica busca la interacción crítica entre sujetos de estudio e investigadores, constituyéndose de modo simultáneo como un enfoque, un método y un ejercicio de relato de carácter intersubjetivo (Guber 2001:12).

El diálogo propuesto entre el lenguaje etnográfico y el historiográfico responde a nuestra adhesión al Método del Caso Extendido (MCE), creado por Max Gluckman, reuniendo tres aspectos que lo diferencian de los abordajes antropológicos clásicos:

- i. Conlleva una forma particular de tratamiento del material empírico etnográfico. En vez de citar ejemplos de extractos etnográficos para ilustrar perspectivas analíticas y teóricas apriorísticas, propone “cambiar esta relación entre el caso y el enunciado”, llegando “a lo general a través de la particularidad dinámica del caso” (Burawoy 1998:5).
- ii. Se centra en el estudio de interacciones conflictivas, las “situaciones sociales”, comprendidas como una serie de incidentes específicos que “afectan a las mismas personas o grupos, durante un largo período de tiempo, y muestran cómo estos incidentes, estos casos, están relacionados con el cambio de las relaciones sociales” (Gluckman 2006:17).
- iii. Apunta a comprender diacrónicamente las situaciones sociales, estableciendo interdisciplinaria con estudios históricos para la reconstrucción del contexto macroeconómico, social y político (Gluckman 2006).

Nuestro acercamiento a Azapa ocurrió en tres diferentes incursiones (abril, mayo y septiembre, 2019). Realizamos una serie de encuentros con hombres y mujeres bolivianos con quienes dialogamos y a cuyas rutinas acompañamos¹. Las incursiones de abril y mayo fueron realizadas por la primera autora. La de

septiembre de 2019 se hizo en equipo, contando con la participación de diez investigadores/as. Nuestras observaciones fueron registradas en 16 notas etnográficas extensas, recopilando cada una hasta tres días de experiencia en campo. Realizamos 62 entrevistas en profundidad, entre las cuales 30 corresponden a historias de vida de mujeres bolivianas (estas entrevistas no constituyen el insumo principal del artículo: nos centraremos en las descripciones etnográficas).

En todo este proceso, realizamos fotografías del valle y de nuestras colaboradoras. La elección de los modos de registro devino de reflexiones sobre cómo representar los paisajes y a las personas restituyendo las cualidades lumínicas, texturas y también la densidad de elementos estéticos que allí se encuentran. Azapa representa una irrupción de colores en el paisaje desértico: esta es la característica que suele cooptar la mirada de quien lo visita. Pero buscábamos trascender este efecto para centralizar a los/las migrantes y sus prácticas cotidianas.

Intentando conducir la mirada hacia lo que por lo general no se ve, realizamos las fotografías en blanco y negro. Claudio Casparrino estuvo a cargo de estos registros con las cámaras analógicas Nikon FM2 y Nikon F90x, y con los films Kodak TRI-X 400 y Kodak T-Max 3200. Las fotos tuvieron por finalidad, entonces, situar la mirada en los pequeños detalles: en los surcos de la expresión y en los surcos de los senderos, mostrando que las mujeres retratadas no solo viven en la frontera, sino que son “un cruce de caminos” (Andalucía 1987:195).

El Contexto

El hito que demarca la Triple-frontera Andina se sitúa sobre el Desierto de Atacama, en la altiplanicie sur de la Cordillera de los Andes, a 4.115 msm (Figura 1). Este marco divide los municipios de Visviri (Chile), Charaña (Bolivia) y Ancomarca (Perú), todos ellos asentamientos aymaras (González 2009:37). Pero el área de influencia de la triple-frontera cubre un extenso territorio, distendiéndose por rutas que conectan estos y otros pueblos altiplánicos con centros urbanos bolivianos y con la costa peruana y chilena. Específicamente, con dos ciudades portuarias: Arica (en la Región de Arica y Parinacota, Chile), con alrededor de 200.000 habitantes, y Tacna (en el Departamento de Tacna, Perú), con más de 300.000 personas (Guizardi et al. 2019).

Los territorios de la triple-frontera constituyen un paisaje con una densa historia de tránsitos humanos



Figura 1. La Triple-frontera Andina. Fuente: elaborado por Paulo Contreras Osses para el Proyecto Fondecyt 1190056.

The Andean Tri-border. Source: Prepared by Paulo Contreras Osses for Fondecyt Project 1190056.

y de mercancía. Estos se deben, por una parte, a la adaptación humana a las condiciones climáticas y productivas entre las plataformas orográficas desde la costa hasta las cumbres cordilleranas (Dillehay y Núñez 1988; Tung 2008)². Pero, por otra parte, estas movilidades se deben a la activación de rutas entre la costa del Pacífico, la actual “Región Andina de Bolivia” (donde se sitúan las ciudades de La Paz, Oruro y Potosí) y los departamentos peruanos de Tacna, Puno, Moquegua, Arequipa. Varias de estas rutas remontan a periodos del Imperio Tiwanaku (entre 700 y 1250 DC) (Uribe y Agüero 2004) y persistieron a su proceso de desintegración, cuando florecieron las comunidades y modelos productivos locales (entre 1100 y 1470 DC) (Muñoz 2019).

Los imperios y la colonia

Los espacios costeros y valles agrícolas que hoy forman los territorios de Arica y de Tacna fueron parte de la periferia del Imperio Tiwanaku. Este constituyó una organización macropolítica transterritorial y multiétnica donde se hablaban diversos idiomas: aymara, quechua, puquina y uru³. Pero la hegemonía y control político del imperio estuvieron determinados por los grupos aymara-hablantes, oriundos de los territorios altiplánicos y de las cumbres de la actual Región Andina de Bolivia (Torero 1987). Esta jerarquización política se yuxtaponía a elementos de representación religiosa que asociaban a los pueblos establecidos en sectores elevados como superiores,

vinculándose a la iconografía artístico-religiosa sobre la sacralidad de las cumbres y montañas (Albarracín-Jordan 1996). Esto implicaba, además, sistemas económicos de reciprocidad que situaban a los pueblos asentados al nivel del mar en escalones más bajos de las jerarquías de intercambio. Cuando el Imperio Tiwanaku se desintegró, los grupos locales de los actuales territorios ariqueños y tacneños lograron gozar de mayor autonomía económica y cultural, expandiendo el uso de sus idiomas y reorganizando los sistemas políticos y de reciprocidad (Muñoz 2019).

El Imperio incaico (entre 1470 y 1532 DC) llegó a estos lares articulando intercambios con los grupos establecidos, pero instituyendo progresivamente el quechua como lengua común. Se multiplicaron entonces las carreteras y conexiones comerciales vinculando diferentes espacios costeros y altiplánicos (Uribe y Alfaro 2004). Se estableció el sistema de intercambio migratorio laboral, denominado *mitas* por los incas (Murra 1964, 1972). Los valles ariqueños recibieron a muchos *mitamaq* (o *mitimanis*), denominación dada a personas que se desplazaban debido al trabajo en las mitas (Choque 2020:2; Murra 1964:428, 1972:191).

Esta intensa movilidad persistió entre Tacna y Arica durante la dominación colonial; en particular, entre 1535 y 1768 (Choque 2020)⁴. Por una parte, debido al uso de las ciudades portuarias del Pacífico (hoy situadas en territorios peruanos y chilenos) para el tráfico del azogue a las minas de plata de Potosí, Porcos y Carangas, y al transporte de la plata traída desde el Alto Perú (hoy Bolivia) para la exportación a Europa (Sempat 1995). Por otra, porque se activó una ingente ruta comercial entre estas regiones mineras y la costa del Pacífico, hacia Arica (hoy Chile) y Tacna e Ilo (Perú) (Sempat 1995:110); y hacia localidades de la actual sierra peruana (Arequipa y Cusco). Estas rutas transportaban víveres e insumos producidos en los alrededores de las ciudades costeras, posibilitando el mantenimiento del ciclo productivo en las minas (Larson 1995:26; Stern 1995:77). Las actividades comerciales vinculadas a la venta a pequeña escala de víveres y objetos de consumo eran protagonizadas por las mujeres nativas de los sectores altiplánicos, quienes coordinaban tanto la venta urbana como las caravanas (Mangan 2005:134-160). Se identifican, así, unos patrones ancestrales de movilidad femenina conectando territorios altiplánicos y costeros (Premo 2000).

A partir del siglo XVI, Arica y Tacna empezaron a recibir población africana, con la implementación,

por parte de los hacendados españoles y criollos, de la mano de obra esclava en los valles productivos (Briones 2004). El puerto de Arica se consolidó como un foco de distribución de africanos esclavos en la costa sur del Pacífico (Cáceres 2001). Esta población se asentó en Azapa y Lluta, constituyendo una comunidad afrodescendiente que sigue residiendo en estos terrenos (Invernón-Duconge y Guizardi 2014).

Toda esta movilidad incrementó la composición multiétnica de los valles ariqueños. No obstante, según la reconstrucción historiográfica de los grupos que habitaban estos territorios en este periodo, predominaban allí las poblaciones locales (denominadas en quechua “yungas”), que hablaban puquina y uriquilla, en vez de los idiomas de los imperios precedentes (aymara y quechua) (Choque 2020). Los yungas estaban compuestos por grupos pescadores denominados camanchaca (conocidos como proanches y changos); por agricultores uru (habitantes de los valles y del altiplano) (Choque 2020) y por grupos que llegaron a través de las *mitas*, como los pacaje y caranga (Horta 2010, 2011).

Consecuentemente, los territorios de los valles son escenarios multiétnicos desde hace siglos. Las lógicas translocales en estos paisajes anteceden en siglos a la hegemonía que las circulaciones asumieron en la economía internacional con la globalización, desde 1990 (Almilhat 2007). Asimismo, ellos permiten dilucidar que las transformaciones políticas del territorio alteraron la organización étnico-cultural y socioeconómica de sus habitantes. La reducción de los grupos locales (“yungas”) por los poderes coloniales provocó el paulatino debilitamiento de sus articulaciones políticas, obligando los liderazgos a agruparse y reagruparse bajo figuras centralizadas que fueron siendo destituidas por los colonizadores (Choque 2020). En este proceso, los idiomas locales (puquina y uruquilla) desaparecieron (Torero 1987:332-338).

Estados-nación y fronteras

A partir de 1824, tras el proceso de independencia, Azapa integró la naciente república peruana (Invernón-Duconge y Guizardi 2014). La conformación étnica local fue entonces atravesada por las narrativas identitarias que, forma contradictoria, asumieron el legado incaico (quechua) como parte del panteón de la identidad nacional, pero negando los orígenes indígenas de la nación. A través de una visión racializada de la cultura, este uso político permitió a las élites (en Perú y en otros países latinoamericanos) alegar el

particularismo sociocultural de sus naciones y defender internacionalmente su derecho a independencia (De la Cadena 2009:257). “Incas, sí; indios, no”, sintetizó Méndez (1995:15).

La construcción de la identidad nacional en Perú yuxtapuso una asimetría jerárquica entre las identidades indígenas internas y los simbolismos atribuidos al territorio (Benza 2005:195-196; Méndez 1995:15-16; Vich 2010:158). La ideología que glorifica el pasado incaico elevó la etnicidad quechua a un estatus superior al de otros grupos. Los territorios supuestamente originarios o emblemáticos del Estado incaico (la costa y la sierra norte del actual Perú) adquirieron un lugar privilegiado en los imaginarios nacionales, mientras la selva y la sierra del sur (asociadas a otros colectivos étnicos) se marginaron (Vich 2010:37). La sierra sur, donde se ubica hoy día la Triplefrontera Andina, sería especialmente renegada dada su asociación a grupos no quechua-hablantes, que se enuncian como inferiores y subordinados en el Imperio incaico. Durante la república, estos grupos sufrieron importantes presiones para adoptar el quechua y asimilarse al panteón incaico nacional. Todo esto impactó los valles productivos ariqueños y tacneños, reinstalando la “quechuanización” de los grupos locales allí existentes. Los idiomas indígenas locales -puquina y uruquilla- dejaron de ser hablados (Choque 2020; Torero 1987, 1992).

Tanto los patrones de movilidad, como las configuraciones de la diversidad étnica local fueron brutalmente alterados en la segunda mitad del siglo XIX, cuando las repúblicas de la región andina empezaron a disputar derechos de explotación de territorios mineros del Atacama. En estos desenlaces fue crucial la Guerra del Pacífico (1879-1883), que propulsó un complejo proceso de fronterización entre los países (González 2006, 2008).

El conflicto enfrentó a Chile con Perú y Bolivia, disputando los territorios de explotación salitrera (Vitale 2011:387), entonces situados en el departamento peruano de Tarapacá y en el departamento boliviano del Litoral. La guerra sedimentó el proceso de militarización del desierto por parte de los tres países, realidad que persiste en ciudades como Tacna y Arica (Tapia et al. 2017). Chile “venció” en el conflicto e incorporó los departamentos de Tarapacá y del Litoral, que pasaron a componer “el Norte Grande chileno”⁵, la región minera del país, actualmente exportadora de cobre, litio y boro (entre otros), responsable de la mayor parte de su producto interno bruto (Carrasco y Vega 2011).

Llegar a unas definiciones sobre las fronteras fue difícil dada la sensibilidad política y social sobre los desenlaces del conflicto. Los límites entre Chile y Bolivia se fijaron en 1904, con el Tratado de Paz y Amistad (Valdebenito y Guizardi 2014). Las delimitaciones entre Chile y Perú se firmaron en 1929 (Tapia 2012), tras 46 años de complejos desencuentros diplomáticos (González 2006, 2008). Entre 1883 y 1929, las ciudades de Arica y Tacna constituyeron un área en litigio, pero formalmente administrada por Chile. La situación fue solucionada con una “operación quirúrgica” (González 2008:14), evadiendo la participación popular: un acuerdo entre Estados ratificado con el Tratado de Lima (1929): Tacna pasó a Perú y Arica a Chile (Podestá 2011:124).

Tras la chilenización

La chilenización de Arica desde el periodo de litigio consolidó un violento proceso de movilidad sociodemográfica. La población peruana pasó a ser denominada “extranjera” sin haberse movido (Tapia 2012) y migró a Perú, debido a las persecuciones y violencia emprendidas por parte del Estado chileno en la nacionalización del territorio⁶. Las poblaciones indígenas que ocupaban los valles de Arica -las mismas que habían sufrido una presión por quechuanizarse- se desplazaron a territorios peruanos y bolivianos: habían apoyado a estos países en el conflicto y sufrieron duras represalias del Estado chileno (Díaz 2006, 2010)⁷.

Esto implicó el abandono de muchos terrenos agrícolas que fueron luego ocupados por poblaciones emigradas de otros territorios provenientes de sectores más sureños de Tarapacá y de los sectores altiplánicos. Gran parte de esta población era aymara. Esto derivó en el progresivo incremento de familias de este pueblo de los valles productivos, con una presencia cada vez más significativa de grupos provenientes de los territorios elevados y cordilleranos. Implicó, asimismo, una ruptura del sistema de intercambios de trabajos agrícolas que movilizaban redes parentales extensas entre los grupos nativos, transformando las históricas lógicas de movilidad humana en el territorio. Así, la circulación estacional de las redes familiares entre la costa, el altiplano y las cumbres cordilleranas fue atravesada por fronteras nacionales que alteraron sus intensidades, formas y ritmos (Guizardi 2018). La población que se quedó en sus territorios comunitarios debió aceptar la dominación planteada por la escuela, el ejército chileno y la iglesia (González 2004). Fue un proceso violento y punitivo (Tapia 2012:183).

Esta presión estatal (militar, ideológica, identitaria y económica) por sentar la diferenciación nacional no cesó desde la guerra. Chile fundamentó la ideología de una superioridad racial, cultural, civilizatoria y religiosa de chilenos por sobre peruanos y bolivianos (McEvoy 2011:15) e implementó una política violenta de “chilenización” que persistió por más de medio siglo (Díaz 2006; González 1995). La guerra y la chilenización estuvieron caracterizadas por la naturalización y la intensificación de la violencia de género, que se convirtió en una marca indisoluble de la militarización y masculinización del territorio (Guizardi et al. 2019). Mujeres peruanas y bolivianas, en especial las indígenas, fueron de manera sistemática violadas por el ejército chileno a lo largo del conflicto y en los años inmediatamente posteriores (Sater 2007:92).

A partir de 1930, cuando las fronteras con Perú y Bolivia ya estaban formalmente establecidas, Chile empezó a ejecutar planes de modernización e industrialización en Arica. Entre 1953 y 1963, la ciudad fue decretada “Puerto Libre de Impuestos” (Estrada 2010). Se implementó, además, una serie de proyectos desarrollistas y urbanizadores capitaneados por la Junta de Adelanto de Arica (JAA) (1958-1976) (Valdebenito y Guizardi 2014). Desde la JAA, Arica no volvió a vivir otro momento de similar júbilo económico, cayendo en una desaceleración mercantil y productiva que no logró revertir. La situación se agravó a partir de 1975: el gobierno dictatorial de Augusto Pinochet decretó al puerto de Iquique como Zona Franca -creando la ZOFRI-, lo que magnificó la decadencia del puerto ariqueño, incapaz de competir con las ventajas comerciales ofrecidas 300 km al sur (Vicuña et al. 2015:38)⁸. En 2003, Perú elevó el puerto de Tacna a Zona Franca -creando la ZOFRA-. Así, el puerto ariqueño se encuentra en la actualidad enclavado entre las dos zonas francas más importantes del Pacífico Sur, lo que contribuye a la desaceleración económica de Arica. No obstante, cumple una función económica central para la Triple-frontera Andina, debido al tratado con Bolivia de 1904. Como este país perdió su salida al mar con la guerra, acordó con Chile el uso del puerto ariqueño sin cobranza de impuestos. Así, dicho puerto “es el cuarto más importante a nivel nacional y un 70% de su movimiento (importaciones y exportaciones) se produce gracias a demandas bolivianas” (Vicuña et al. 2015:44-45). Simultáneamente, esta circunstancia hace de su territorio un eje de cruces obligado para las rutas comerciales entre estas zonas francas; y también

desde ellas hacia localidades chilenas, bolivianas y argentinas (Guizardi y Garcés 2013).

Arica es actualmente una ciudad de proporciones medianas. Su baja expresividad económica en el contexto chileno contrasta con el crecimiento económico y la expansión poblacional de Tacna (Vicuña et al. 2015:44). Según el censo 2017, la ciudad chilena contaba con alrededor 221.364 habitantes, la casi totalidad de la población de la región, que en este periodo sumaba 226.068 personas (Instituto Nacional de Estadísticas de Chile [INE-Chile] 2018). Esta concentración urbana es resultado del éxodo rural que desplazó la población de los valles altioplánicos hacia las ciudades costeras en el norte de Chile (Bähr 1980), contribuyendo a intensificar la presencia aymara en los valles ariqueños.

A partir de 1995, el *boom* de las inversiones mineras en el Norte Grande provocó el crecimiento económico de las ciudades de la zona (especialmente de Iquique, Antofagasta y Calama) (Carrasco y Vega 2011:22), atrayendo la migración boliviana y peruana que cumple funciones fundamentales para la economía minera. Su entrada en el territorio nacional se da con frecuencia a través de la Región de Arica y Parinacota. El flujo de personas en la frontera peruano-chilena tiene importantes magnitudes (Podestá 2011:128).

Esta circulación desde los países vecinos -Perú y Bolivia- también implica procesos de arraigo migratorio. Para 2015, Arica y Parinacota contaba con 5,8% de migrantes (Rojas y Silva 2016:12-13) y con 8,2% en 2017 (INE-Chile 2018:4). Según las estimaciones del INE-Chile (2020:23), para 2019, la región contaría con 247.036 habitantes, de los cuales 28.437 serían migrantes. Los/las migrantes representarían el 11,5% de la población regional, posicionándola como la cuarta en términos de densidad migratoria relativa en el país (INE-Chile 2020:23). Entre 2012 y 2019, Arica y Parinacota pasó de un 3,6% a un 11,5% de población migrante. El colectivo boliviano sería el más numeroso, con 38,5% del total regional, seguido del peruano con 35,8% (INE-Chile 2020:23).

Datos posteriores al año en que realizamos la etnografía (2019) muestran que la población migrante en Arica y Parinacota siguió sus tendencias, pese a algunos cambios específicos: un ligero decrecimiento del total de migrantes y la mayor relevancia de las personas venezolanas. El último informe del Servicio Nacional de Migraciones de Chile (SNM 2024) apunta a que la población migrante de la región cayó de 31.256 personas en 2021 a 30.436 en 2022. No

obstante, esta publicación no permite desglosar los contingentes nacionales totales en la región. El último informe del Instituto Nacional de Estadísticas de Chile disponible aporta datos de diciembre de 2021 (INE-Chile 2022). A la fecha, la composición de la migración por nacionalidades en la región presentaba un 38,5% de bolivianos/as, 38,2% de peruanos, pero aparecían los venezolanos/as en tercer lugar (9,6%) y los colombianos en cuarto (5,1%). El 8,6% restante se distribuía entre diversas nacionalidades.

La región también presenta otra particularidad demográfica migratoria. De acuerdo con la Encuesta de Caracterización Socioeconómica de Chile [CASEN], entre 2009 y 2013, la composición de la población migrante internacional femenina en Chile pasó del 51,5% al 55,1% (CASEN 2013:7). Empero, la CASEN de 2015 registró un retroceso de la participación femenina, situando el porcentaje de mujeres migrantes en el 51,9%. El censo 2017 registra un 50,6% (INE-Chile 2018). Así, podemos contemplar la retirada de la tendencia a la feminización que caracterizó los flujos migratorios a inicios del siglo XXI en el país. A contracorriente, Arica y Parinacota presenta la tasa del 54,9% de mujeres entre los migrantes y ellas son la mayoría en el colectivo boliviano (INE-Chile 2018). A fines de 2021, la migración regional continuaba feminizada, con 91,8 hombres por cada 100 mujeres (INE-Chile 2022).

Pero la importancia de las mujeres bolivianas va más allá de su relevancia demográfica. Ellas son protagónicas por factores de orden cualitativo, vinculados a su inserción laboral en sectores productivos importantes:

- i. *La actividad comercial.* Las bolivianas asumen roles preeminentes en el mercadeo a pequeña y mediana escala entre la Zofri y la Zofra. Por lo general, son mujeres aymaras y viajan para comprar mercancías en Tacna y en Iquique. Arica es usada como entropuesto y enganche territorial para la distribución en el altiplano boliviano de parte de los productos adquiridos. Luego, ellas siguen rutas y circuitos de distribución atravesando Chile, Perú, Bolivia y Argentina (Guizardi y Garcés 2013).
- ii. *Trabajos del cuidado.* Muchas migran para emplearse en las ciudades costeras del norte chileno (Iquique y Antofagasta) en el trabajo doméstico (Leiva y Ross 2016; Leiva et al. 2017; Tapia 2014).

- iii. *En la agricultura.* Específicamente en Arica, las redes migrantes conformaron un importante enclave en Azapa y Lluta (Figura 2). Estas redes están caracterizadas por la movilización transfronteriza de lazos étnicos y parentales aymaras. Según Rojas y Bueno (2014), ellas aseguran la inserción laboral, pero con elevada precarización e informalización; incidiendo así en la exclusión social tanto de hombres y mujeres bolivianos, pero más fuertemente de las últimas. A continuación, nos detendremos en documentar este tercer nicho en Azapa.

Surcar el Valle

Cuando uno llega a Arica por carretera, desde las regiones más al sur en territorio chileno, se enfrenta a unas visiones espectaculares: entre las cordilleras de tierra surge un paisaje verde con árboles, plantaciones, animales y muchos invernaderos agrícolas. Se trata de uno de los más vigorosos oasis del Desierto de Atacama: el Valle de Azapa (Figuras 3 y 4). Arica constituye una articulación muy particular de urbanidad y ruralidad. La ciudad está absolutamente conectada con Azapa y su universo rural, al igual que también lo está con Lluta (Figuras 5 y 6), otro oasis que bordea la ciudad.

Arica no acompañó el “boom” minero de otras ciudades del Norte Grande chileno (Iquique y Antofagasta, en la costa, y Calama, en el interior), pero se especializó en una importante función económica complementaria: la producción agrícola. Los valles ariqueños producen víveres que abastecen las ciudades del Atacama (Vicuña et al. 2015), constituyendo un locus fundamental de producción alimentaria en un desierto donde los suelos aptos para el cultivo no son abundantes y donde el agua, recurso escaso, es objeto de disputa entre el capital minero y las comunidades (Gundermann y Vergara 2009).

La historia reciente de la agricultura en estos valles se articula con tres procesos. Primero, las migraciones indígenas del altiplano hacia las ciudades costeras (Gundermann y González 2008:86; Quiroz et al. 2011:157) y también hacia los enclaves de producción minera del interior (Bähr 1980:4). Estos sucesos fueron incentivados por una política estatal chilena que concebía la “modernización” del país como equivalente a la concentración poblacional urbana y al desarrollo de las actividades industriales. En el norte de Chile, esta ideología desarrollista se hizo acompañar



Figura 2. Valles de Azapa y Lluta (Arica, Chile). Fuente: elaborado por Paulo Contreras Osses para el Proyecto Fondecyt 1190056.

Valleys of Azapa and Lluta (Arica, Chile). Source: Created by Paulo Contreras Osses for Fondecyt Project 1190056.

de un discurso de des-indigenización (Gundermann y Vergara 2009:122). Se asumía que la urbanización de las poblaciones indígenas las “desarrollaría”, a través de un proceso forzoso de asimilación a la “cultura urbana occidental”. La urbanización de los indígenas también se yuxtapuso a la ideología de “chilenización”, solidificando la asunción de que la chilenidad se oponía a la condición indígena; y reincidiendo en los imaginarios que postulan la relación entre una identidad y la otra como análoga a la dualidad civilización/barbarie. Estos procesos inciden no solo en la categorización identitaria de los indígenas en Chile, sino en la constitución de procesos de diferencia hacia peruanos y bolivianos, enunciados como indígenas y, así, fenotípica, racial y étnicamente

opuestos a los ideales de autorrepresentación nacionales centralistas chilenos.

Para el caso específico de las comunas que componen la actual Región de Arica y Parinacota, este proceso se magnificó por la acción de la JAA (Estrada 2010; Vicuña et al. 2015). En Arica, en un primer momento (en los años sesenta), esta población migrante indígena se dedicó a faenas rurales en los valles productivos, engendrando luego “una profusa actividad en relación con la agricultura, el comercio de productos agropecuarios y el transporte de productos agrícolas” (Gundermann y González 2008:86).

Segundo, para fines del siglo XX, las ciudades del Norte Grande, que históricamente fueron cercadas por terrenos agrícolas, empezaron a sufrir una progresiva



Figura 3. La carretera y los primeros árboles del valle. Arica, septiembre 2019. Registro: Claudio Casparrino.

The road and the first trees of the Azapa Valley. Arica, September 2019. Photographer: Claudio Casparrino.

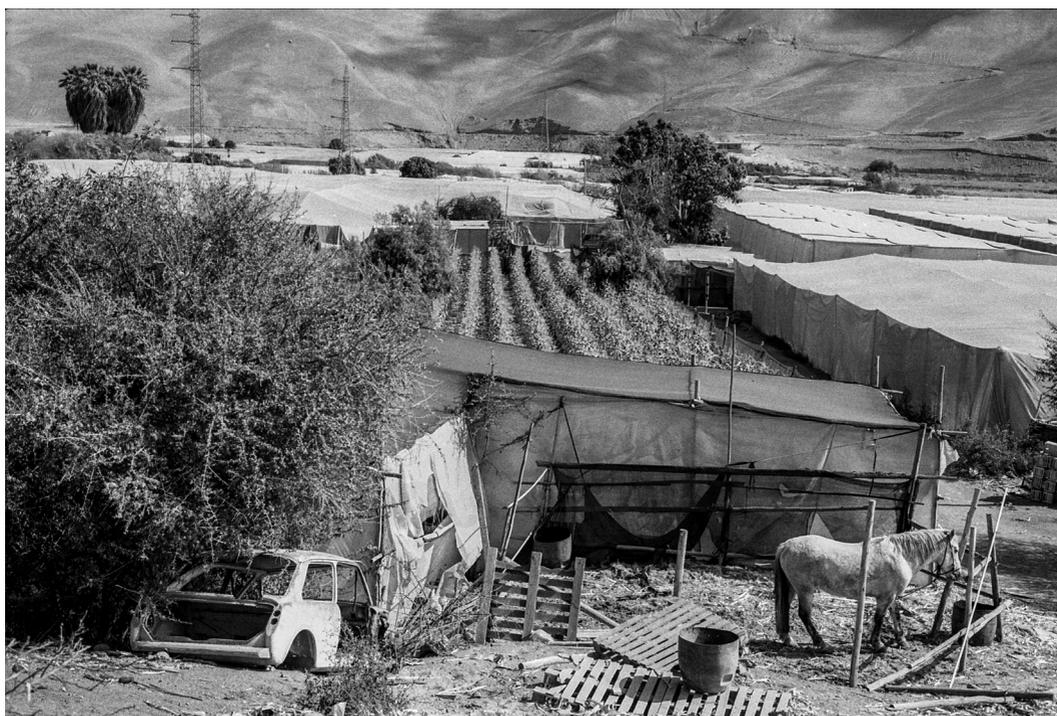


Figura 4. Plantaciones de choclo junto de los invernaderos de tomates en Azapa. Arica, septiembre 2019. Registro: Claudio Casparrino.

Corn plantations beside the tomato greenhouses in Azapa. Arica, September 2019. Photographer: Claudio Casparrino.



Figura 5. La vegetación y las cuevas desérticas de Lluta. Arica, septiembre 2019. Registro: Claudio Casparrino.

The vegetation and desert slopes of Lluta. Arica, September 2019. Photographer: Claudio Casparrino.

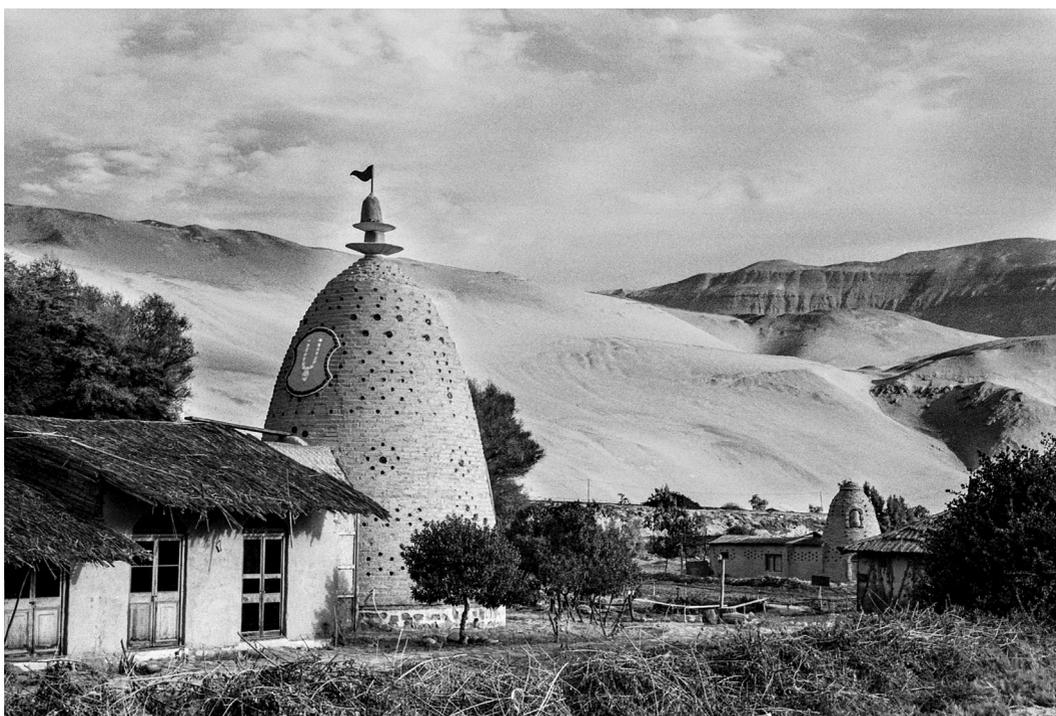


Figura 6. Propiedad rural en Lluta. Arica, septiembre 2019. Registro: Claudio Casparrino.

Rural property in Lluta. Arica, September 2019. Photographer: Claudio Casparrino.

des-ruralización (González 1996). Capitales regionales como Iquique, cuya periferia -situada en la actual comuna de Alto Hospicio- constituía una importante zona rural, se transformaron en territorios en su mayoría citadinos, con la extinción de los pequeños cultivos y huertos y la casi total erradicación de la crianza de animales para consumo local. Arica no sufrió esta pérdida de terrenos de cultivo en los valles agrícolas, abasteciendo a las demás ciudades.

Este aspecto es indisoluble del tercero: el avance e internacionalización de la industria minera desde los noventa, con la creciente demanda de mano de obra masculina en las regiones de Tarapacá y Antofagasta (Tapia 2012, 2014, 2015). Dicha industria ofrece remuneraciones bastante más elevadas que las labores agrícolas. Por ello, la población masculina chilena de las ciudades costeras, y también del altiplano, fue abandonando las labores rurales para buscar trabajo en la minería (Guizardi 2018; Guizardi et al. 2019). La carencia de trabajadores para las actividades agrícolas atrajo la mano de obra aymara peruana y boliviana a los valles ariqueños (Rojas y Bueno 2014).

Albó (2000), Carrasco (1998), Chamorro (2013) y González (1996, 1998) refieren a migraciones circulares de indígenas bolivianos en los valles de Azapa y Lluta desde los años sesenta. Pero la rehidratación de los valles ariqueños en los noventa -su reposicionamiento como fuente de abastecimiento de las ciudades mineras al sur-, intensificó dichas dinámicas migratorias. Muchos chilenos quisieron reactivar sus propiedades, pero sus hijos fueron reacios a asumir estas labores: crecieron en la ciudad e imaginaban destinos laborales diferentes. Así, los propietarios chilenos de pequeñas y medianas parcelas de ascendencia aymara empezaron a comunicarse con sus familias extensas en territorios bolivianos. Para inicios de los noventa, llegó una nueva generación de bolivianos a sembrar los valles. A mediados de la década, esta migración se intensificó, con más circulación entre Arica y localidades de origen y Bolivia -La Paz, Oruro, Potosí- y, además, con procesos de arraigo (Rojas y Bueno 2014; Tapia 2014, 2015; Tapia et al. 2017).

Muchos de estos migrantes llegaron a vivir en las parcelas mismas, en casas improvisadas, de piso de tierra, sin electricidad o agua potable, situación que persiste (Figuras 7 y 8). Otras personas vivían en galpones de almacenaje de productos y herramientas. En todas estas modalidades, los lugares de cobijo eran y son compartidos entre varios/as trabajadores/as, y la migración es una experiencia en familia: hombres

y mujeres trabajan juntos y ofrecen la mano de obra de la unidad familiar. Observamos varios regímenes de trabajo en Azapa:

- i. Agricultores llegados hace años que se nacionalizaron y lograron comprar parcelas. Contratan a sus propios familiares u otros migrantes para cultivarlas.
- ii. Estos últimos suelen ser trabajadores *temporeros*, que vienen por estaciones (permanecen por periodos no superiores a tres meses, equivalente a lo establecido por la visa turística) y, luego, regresan a Bolivia.
- iii. Trabajadores que se asientan con sus familias dentro de la propiedad de un tercero y la cultivan, recibiendo comisión por producción, pero sin tener que invertir en materiales (algunos permanecen varios años en esta condición).
- iv. Trabajadores que arriendan parte de una propiedad y se hacen cargo de invertir en los materiales y herramientas (pagan una renta al dueño).
- v. Trabajadores “por jornal” (Figuras 9 y 10). Vienen por semanas o a diario (más usual entre los/as peruanos/as aymaras, se concentran en el kilómetro 37 del valle (denominado “El Rápido”), donde llegan con sus camionetas los dueños de las parcelas y contratan a los trabajadores que necesitan.

Generalmente, los/as migrantes que logran arraigarse ayudan a otros miembros de sus familias a establecerse. Esta migración en cadena atrajo a más población aymara de origen boliviano hacia Azapa. Padre T., responsable de la mayor parte de las parroquias católicas locales, aseveró que “Azapa es un lugar muy especial y lo hace especial el migrante. Más bolivianos, son; pero hay un 20% peruano y el 1% es chileno. Y son casi todos aymaras” (diario de campo, mayo 2019). Entre los/as bolivianos/as que viven de manera permanente, varios tienen hijos/as nacidos/as en Chile. Así, la nueva generación nacida en Azapa es aymara chilena, con progenitores bolivianos.

Los chilenos entrevistados coinciden en caracterizar a los/as bolivianos/as en el valle como “gente de mucho esfuerzo”, que trabaja incansablemente. Don L., miembro de la junta directiva de uno de los colegios públicos de Azapa (que tiene 90% de estudiantes aymara de origen boliviano), contó que las familias bolivianas eran “muy trabajadoras”: estaban muy centradas en ahorrar



Figura 7. Residencia de agricultores aymaras bolivianos, al lado de invernadero de tomates en Azapa. Arica, septiembre 2019. Registro: Claudio Casparrino.

Residence of Bolivian Aymara farmers, beside the tomato greenhouse in Azapa. Arica, September 2019. Photographer: Claudio Casparrino.



Figura 8. Residencias de agricultores aymaras bolivianos en Azapa. Arica, septiembre 2019. Registro: Claudio Casparrino.

Residences of Bolivian Aymara farmers in Azapa. Arica, September 2019. Photographer: Claudio Casparrino.



Figura 9. Agricultor aymara por jornal en Azapa. Arica, septiembre 2019. Registro: Claudio Casparrino.

Aymara man working for daily wages in Azapa. Arica, September 2019. Photographer: Claudio Casparrino.



Figura 10. Agricultora aymara por jornal en Azapa. Arica, septiembre 2019. Registro: Claudio Casparrino.

Aymara woman working for daily wages in Azapa. Arica, September 2019. Photographer: Claudio Casparrino.

recursos y no descansaban hasta tenerlos. “Vienen por la plata y trabajan mucho para ahorrar dinero” (diario de campo, mayo 2019). A veces esto implica que padres y madres tienen poca disponibilidad de venir a las instancias del colegio en las que los apoderados eran requeridos (y que las madres bolivianas venían más que los padres). Pero “más allá de esto son gente muy buena, muy trabajadora” (diario de campo, mayo 2019).

Don O., otro miembro de la junta directiva del colegio, confirmó que los bolivianos son gente de trabajar muy duro: “Vienen a hacer plata” (diario de campo, mayo 2019). Aseveró que empiezan las labores muy pronto y prosiguen hasta tarde, mucho después de la puesta del sol. Debido a esto, incluso las tierras abandonadas florecieron. Ellos revitalizaron todo el espacio logrando convertir en terreno cultivable parcelas que no lo eran. Por ejemplo, los bordes de los cerros, que tenían la superficie pedregosa: ingeniaron métodos para apilar tierra fértil sobre amplias superficies de piedra en mesetas pequeñas y medianas, generando distintos niveles de producción agrícola. Iban aplicando agua en forma progresiva

mientras despejaban esta tierra. Así, lograron fijar una camada blanda sobre tales superficies. En estos terrenos, plantaron hortalizas que no ramifican raíces en profundidad, logrando expandir el área verde del valle. Activaron, simultáneamente, diversas actividades económicas necesarias para la cadena de producción y distribución de productos agrícolas, como las fábricas de “toritos” (cajas de madera para embalar tomates), que se encuentran en varios lugares del valle (Figura 11).

Dada la posibilidad de solicitar el permiso de residencia que los/as bolivianos/as alcanzaron a través del acuerdo del Mercosur, la forma como estos/as migrantes se relacionan con el entorno cambió. Antes, tenían miedo de llevar a los/as hijos/as a la escuela, de mostrarse, de acudir a los servicios públicos de salud. Se escondían. Como muchos ya tienen papeles, se desenvuelven con mayor tranquilidad e interactúan más con el entorno socio-institucional. La posibilidad de dialogar con las autoridades locales sin miedo a la deportación terminó sincerando la compleja situación de las mujeres aymaras bolivianas en Azapa, como ellas mismas nos contaron. Estas pasaron a acudir a



Figura 11. Aymara boliviano produciendo “toritos”, Azapa. Arica, septiembre 2019. Registro: Claudio Casparrino.
Bolivian Aymara producing toritos in Azapa. Arica, September 2019. Photographer: Claudio Casparrino.

la policía (carabineros) para denunciar situaciones de abuso. Sus relatos apuntan a tres ejes reincidentes de vulneración.

Primero, su empleo está condicionado por las redes familiares y étnicas, y su posición en dichas redes apunta hacia la reproducción de sistemas de desigualdad de género. Esta exclusión se asocia a la desigual división sexual del trabajo en las familias. Frecuentemente, las mujeres están a cargo de la totalidad de los cuidados de los menores y mayores, y de las tareas del hogar, además de trabajar también en la agricultura y en actividades productivas vinculadas a ella (como la comercialización de la producción familiar) (Figura 12). Jasmín, Rosa, Silvia, Maira y Maite -a quienes entrevistamos- contaron que apenas aguantan el cansancio físico por las noches, pues sus incesantes tareas de cuidado y trabajo les impiden descansar. También es recurrente entre estas familias que el recurso económico derivado de la unidad productiva familiar quede a cargo del hombre, implicando que ellas no logren hacerse con dinero para atender las necesidades de hijos/as o propias. Varias de las mujeres explicitaron que su insuficiente

control sobre los usos del recurso expone a la familia a necesidades económicas apremiantes.

Segundo, las mujeres relataron que el alcoholismo masculino es recurrente entre los aymaras bolivianos en Azapa y que está asociado al ejercicio reiterado de la violencia sobre sus parejas e hijos/as. Las 30 mujeres aymaras bolivianas con quienes realizamos historias de vida declararon experiencias de violencia machista con sus parejas o exparejas. El relato de la señora Diana, ejemplifica escenas que fueran narradas por varias entrevistadas. Cuenta que presenció la violencia de su padre hacia su madre en Bolivia; luego, ella misma sufrió agresiones de su marido y, actualmente, presencia escenas violentas de los hombres bolivianos de las familias con quienes comparte parcela:

Sí, había violencia intrafamiliar, mi papá y mi mamá [...]. Mi papá es machista, es machista. Él le golpeaba [...]. Mi pareja era así también. Para mí era un infierno y yo decidí: “voy a separarme”. Porque la gente dice que no tienes que separarte. Y a



Figura 12. Agricultora aymara boliviana en Azapa. Arica, septiembre 2019. Registro: Claudio Casparrino.

Bolivian Aymara female farmer. Arica, September 2019. Photographer: Claudio Casparrino.

mí no me importa, porque la gente no vive conmigo [...]. Supe reaccionar y él también ya cambió, sí [...]. Acá, mi vecino le había pegado a una mujer embarazada. Mas antes le había echado comida a la mano. Estaba quemada la mujer. Y a la mujer embarazada le había pegado y estaba preso. Yo dije: “¡qué bueno!”. Me encanta esa actitud de justicia [...]. Yo vi llorar a sus hijos, porque su papá estaba en cárcel. Ahora salió, el papá. Y toma [bebidas alcohólicas] igual de noche. Ayer mismo pegó a su mujer y los niños estaban gritando [...]. Mucho machismo. Me pregunto por qué tienen que solucionar con golpe: ¿No pueden conversar? Esa parte no me explico. Y eso es lo que pasa con mis paisanos (Diana, 19/09/2019).

Tercero, ellas enfrentan problemas medioambientales y de salud derivados de su trabajo en la agricultura. La producción a gran escala agrícola en los valles ariqueños requiere el uso (intensivo) de agroquímicos. Megan Ryburn (2016a, 2016b), quien estudió la migración boliviana en Azapa, documentó el impacto de estos productos en la salud de los/as trabajadores/as migrantes. Pero la agricultura de pequeña escala del tomate -principal producción de las familias aymaras bolivianas en Azapa- también viene implicando una fuerte exposición de las migrantes a los pesticidas. Las familias optan por desarrollar el cultivo en invernaderos, para controlar la presencia de plagas que merman la productividad o la calidad de los frutos. Esto contribuyó a convertir Azapa, en los últimos cinco años, en un “valle de invernaderos”, como relató una agricultora boliviana (Figuras 13, 14, 15).

Varias entrevistadas que trabajan con el tomate explicaron que, sin la aplicación de los pesticidas, no logran tener la productividad necesaria para que los cultivos se paguen. Al aplicarlos en los invernaderos, terminan inhalando el veneno en grandes cantidades. Nosotros observamos cómo los equipos usados para esparcir el veneno sobre las plantas quedan almacenados en las parcelas en proximidades de los reservorios de agua, al aire libre y al alcance de todos. Vimos, además, la aplicación de estos por mujeres y hombres sin equipos de protección mínimos (guantes, mascarillas, botas plásticas).

En estas circunstancias, el trabajo de las migrantes las empuja a problemas de salud acuciantes: ellas y sus hijos/as padecen de enfermedades provocadas por la exposición a los agrotóxicos aplicados a los cultivos

del tomate. Varias nos mostraron las manchas y heridas en las manos que, según indicaron los médicos de los puestos de salud del valle, son resultado de su continua manipulación de los pesticidas (Figuras 16 y 17). Otras describieron sus problemas respiratorios y renales. Algunas relataron haber tenido cáncer y asociaban esta enfermedad a su exposición a los químicos agrícolas.

Consideraciones Finales

El ejercicio de reconstrucción etnohistórica sobre el Valle de Azapa permitió mostrar que estos territorios de cultivo milenario tienen una configuración multiétnica desde al menos 1500 años. La heterogeneidad de grupos sociales que vivieron en estas tierras persistió hasta el periodo colonial, pero fue atravesada por los desenlaces políticos de la dominación europea. La formación de las repúblicas y la Guerra del Pacífico dieron prosequimiento a las violencias, estipulando nuevas transformaciones políticas, económicas e identitarias para los grupos nativos. En todos estos periodos, las identidades y usos de los valles fueron alterados y reinventados, pero siempre influenciados por la constante movilidad humana que caracteriza la experiencia social de este espacio. Asimismo, notamos que al menos desde la guerra las violencias de género constituyeron parte de las semánticas de la chilenezación de los valles, lo que instauro en estos territorios una profundización de las asimetrías de género que ya existían entre los grupos locales.

El incremento de la población aymara de Azapa, que se intensificó en las últimas cuatro décadas, está actualmente asociado a nuevos patrones migratorios: en la actualidad, aquellos que mueven la población boliviana (mayoritaria en el valle) a estos terrenos de cultivo. En conjunto, nuestra revisión de la literatura, más la etnografía y las informaciones entregadas por interlocutores/as, permite establecer que este fenómeno migratorio es parte del juego de complementariedades (económicas, sociales, políticas, culturales) entre los países que colindan en la Triple-frontera Andina.

No obstante, hay un aspecto central en la experiencia actual de las poblaciones aymaras en Azapa: la feminización migratoria boliviana. Los elevados niveles de vulneración enfrentado por las bolivianas que registramos coinciden con los hallazgos de estudios previos sobre la situación de las mujeres aymaras en Arica (Carrasco y Gavilán 2009). Estos estudios hablan de la reproducción social (en los grupos parentales) de relaciones familiares de poder



Figura 13. Invernaderos de tomates en Azapa. Arica, septiembre 2019. Registro: Claudio Casparrino.

Tomato greenhouses in Azapa. Arica, September 2019. Photographer: Claudio Casparrino.



Figura 14. Agricultora aymara boliviana cosecha tomates. Arica, septiembre 2019. Registro: segundo autor.

Bolivian Aymara farmer harvests tomatoes in a greenhouse in Azapa. Arica, September 2019. Photographer: Claudio Casparrino.



Figura 15. Agricultora aymara boliviana transporta tomates. Arica, septiembre 2019. Registro: Claudio Casparrino.
Bolivian Aymara farmer transports tomatoes in Azapa. Arica, September 2019. Photographer: Claudio Casparrino.



Figura 16. Agricultora acomoda los tomates en la caja. Arica, septiembre 2019. Registro: Claudio Casparrino.
Farmer arranges tomatoes in a box for marketing. Arica, September 2019. Photographer: Claudio Casparrino.



Figura 17. Agricultora muestra tomates producidos por su familia. Arica, septiembre 2019. Registro: Claudio Casparrino.

Farmer shows the tomatoes produced by her family. Arica, September 2019. Photographer: Claudio Casparrino.

que desfavorecen a las mujeres (Carrasco 1998:88). Observan, además, una positivación del cuerpo y atributos masculinos (Gavilán 2005:144) y una creciente violencia androcéntrica (Carrasco 2001, 2014)⁹. Dada la centralidad de las bolivianas como mano de obra y como cuidadoras de nuevas generaciones aymaras chilenas nacidas en Azapa, nuestro ejercicio pone en relieve la centralidad de adoptar una perspectiva de género en el estudio del fenómeno.

Vimos que la sobrecarga productiva y reproductiva es una constante entre las mujeres aymaras bolivianas de Azapa. No obstante, el mandato de la sobrecarga, además de someter, también constituye un elemento que empodera a las mujeres, dado que muchas de ellas reconocen la fortaleza femenina al incorporar capacidades y sostener trabajos multidimensionales. Desde posiciones críticas, estas mujeres buscan cambiar estos patrones de desigualdad de género que las disposiciones comunitarias del parentesco parecen naturalizar (como, por ejemplo, la falta de acceso de sus hijas a la educación formal, su socialización a informaciones sobre la sexualidad y métodos contraceptivos). Así, rupturas y continuidades simbólicas, morales y relacionales se entretajan de

manera compleja en la estructuración de una particular forma de agencia femenina.

Esta idea permite asumir un carácter creador atribuible a la movilidad femenina y a los intercambios que esta circulación articula a través del cuidado. Lo anterior sedimenta una apertura antropológica a la concepción del género como práctica situacional, concreta, interactiva. No se trata de pensar que las estructuraciones familiares del género no aportan marcos (rígidos y coercitivos) para hombres y mujeres (y en particular para estas últimas). Se trata de observar que, incluso en su condición de marcos, los sistemas son horizontes de posibilidades que los sujetos concretizan, pero que también pueden alterar.

Esta dimensión asumida por las movilidades femeninas no hace de ellas una experiencia suave, indolora, instantánea. Caracterizada como el esfuerzo por desplazarse transfronterizamente para dar solución a las necesidades vitales, la movilidad hacia Azapa empuja a las mujeres aymaras bolivianas a factores vulneradores y, de manera simultánea, a solventar parte de su sobrecarga productiva y reproductiva.

Por otra parte, vimos que, en las familias que estas mujeres establecieron, ellas son las encargadas

de asegurar los recursos productivos destinados a las necesidades de sus hogares y de las personas de la familia. Los hombres, a su vez, están insertos en el trabajo productivo, pero sus recursos no son necesariamente empleados en la familia. Ejercen la autoridad en sus hogares, pero entregan a las mujeres la responsabilidad de la reproducción familiar (que ellas cumplen sin reservar tiempo para el ocio y soportando situaciones de violencia de género).

Así, del lado chileno de la frontera, persisten los patrones androcéntricos de organización familiar y comunitaria. Las mujeres son conscientes de las desigualdades que enfrentan. Persisten en ellas, por una parte, debido a la fuerza de los mandatos de género (y a su peso moral), y a su compromiso transgeneracional con el cuidado. Por otra, porque es en el ejercicio de estos cuidados que construyen formas propias de acción y decisión. El cuidado aparece contradictoriamente como elemento estructurante de la inequidad de género, y como una respuesta femenina y encarnada a esta inequidad.

Asimismo, varios elementos explican la persistencia de las violencias en las familias. Por ejemplo, el tabú y la vergüenza de hablar del tema de forma pública (e incluso entre ellas) y la aceptación de las propias migrantes del deber de soportar en silencio estas realidades. El hecho de que mujeres y hombres creciesen asimilando estas

experiencias profundizaba la dificultad de desnaturalizar estos patrones relacionales. Todo esto da cuenta de la pesada inercia reproductiva de la violencia al interior de las familias. No obstante, algunas mujeres (como Diana) cuestionaban abiertamente la continuidad de las agresiones logrando así cambiar sus propias trayectorias.

Las informaciones etnográficas sintetizadas denotan que las aymaras bolivianas experimentan la condensación de diversas formas de vulneración que las empuja hacia una realidad de exclusión social. Dicha exclusión es de carácter *interseccional*¹⁰; se debe a su condición de mujeres, pobres, rurales y migrantes. Pero, además, refiere también a su etnicidad. Ellas están más expuestas al incumplimiento de sus derechos básicos por la intersección de todos estos elementos. El perverso cruce entre débil inclusión laboral-social, condición migratoria y discriminación étnica provoca que su experiencia en estas localidades esté marcada por trayectorias de violencia y sobrecarga femenina.

Agradecimientos: Agradecemos a la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo de Chile, que financió este estudio a través del Proyecto Fondecyt 1190056. También agradecemos a los/as revisores/as del artículo por sus pertinentes comentarios y por las valiosas correcciones sugeridas.

Referencias Citadas

- Albarracín-Jordan, J. 1996. Tiwanaku settlement system: The integration of nested hierarchies in the lower Tiwanaku Valley. *Latin American Antiquity* 7 (3):183-210.
- Albó, X. 2000. Aymaras entre Bolivia, Perú y Chile. *Estudios Atacameños. Arqueología y Antropología Surandinas* 19:43-74.
- Amilhat-Szary, A.L. 2007. Are borders more easily crossed today? The paradox of contemporary trans-border mobility in the Andes. *Geopolitics* 12 (1):1-18.
- Anzaldúa, G. 1987. *Borderlands-La Frontera. The New Mestiza*. Aunt Lute Books, San Francisco.
- Bähr, J. 1980. Migraciones en el Norte Grande de Chile. Resultados de un análisis de movimientos migratorios entre los años 1965 y 1970. *Revista de Geografía Norte Grande* 7:3-20.
- Benza, S. 2005. Transmisión de géneros dancísticos en la migración: nuevos criterios de demarcación identitaria frente a la dilución del contexto territorial nacional peruano. *Cuadernos de Antropología Social* 22:189-199.
- Bhabha, H. 1994. *El Lugar de la Cultura*. Manantial, Buenos Aires.
- Briones, V. 2004. Arica colonial: libertos y esclavos negros entre el Lumbanga y las Maytas. *Chungara Revista de Antropología Chilena* 36 (Número Especial 2):813-816.
- Burawoy, M. 1998. The extended case method. *Sociological Theory* 16 (1):4-33.
- Cáceres, R.G. 2001. *Rutas de la Esclavitud en África y América Latina*. Editorial Universidad de Costa Rica, San José.
- Carrasco, A.M. 1998. Mujeres aymaras e inserción laboral. *Revista de Ciencias Sociales* 8:83-96.
- Carrasco, A.M. 2001. Violencia conyugal entre los aymaras del altiplano chileno: Antecedentes para comprender las relaciones de género en el matrimonio. *Revista de Ciencias Sociales* 3:85-96.
- Carrasco, A.M. 2014. Significados y prácticas de la sexualidad en tres generaciones de mujeres aymara del norte de Chile. *Interciencia* 39 (7):468-475.
- Carrasco, A.M. y V. Gavilán 2009. Representaciones del cuerpo, sexo y género entre los aymara del norte de Chile. *Chungara Revista de Antropología Chilena* 41 (1):83-100.
- Carrasco, C. y P. Vega 2011. *Una Aproximación a las Condiciones de Trabajo en la Gran Minería de Altura*. Dirección de Trabajo del Gobierno de Chile, Santiago.
- Chamorro, A. 2013. Carnaval Andino en la ciudad de Arica: Performance en la frontera norte chilena. *Estudios Atacameños. Arqueología y Antropología Surandinas* 45:41-54.
- Choque, C. 2020. Indios originarios y forasteros. Interacciones culturales y cambios demográficos en los Altos de Arica y Tacna

- (siglos XVI y XVIII). *Estudios Atacameños. Arqueología y Antropología Surandinas* 64:1-29.
- Crenshaw, K. 1991. Mapping the margins: Intersectionality, identity politics, and violence against women of color. *Stanford Law Review* 43 (6):1241-1299.
- De la Cadena, M. 2009. La producción de otros conocimientos y sus tensiones: ¿De una antropología andinista a la interculturalidad? En *Antropologías del Mundo: Transformaciones Disciplinarias dentro de Sistemas de Poder*, editado por E. Krotz y G. Lins Ribeiro, pp. 255-284. Envió, Ciudad de México.
- Díaz, A. 2006. Aymaras, peruanos y chilenos en los Andes ariqueños: resistencia y conflicto frente a la chilenización del norte de Chile. *Revista de Antropología Iberoamericana* 1 (2):296-310.
- Díaz, A. 2010. Perspectivas históricas desde/sobre Arica en el siglo XX. Apuntes introductorios. En *Arica Siglo XX. Historia y Sociedad en el Extremo Norte de Chile*, compilado por A. Díaz, A. Díaz Aguad y E. Pizarro, pp. 13-19. Universidad de Tarapacá, Arica.
- Dillehay, T.D. y L. Núñez 1988. Camelids, caravans, and complex societies in the south-central Andes. En *Recent Studies in pre-Columbian Archaeology*, editado por N.J. Saunders y O. Montmollin, pp. 603-634. BAR, Oxford.
- Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional [CASEN] 2013. *Síntesis de Resultados*. Ministerio de Desarrollo Social, Santiago.
- Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional [CASEN] 2015. *Síntesis de Resultados*. Ministerio de Desarrollo Social, Santiago.
- Estrada, B. 2010. Presentación. En *Arica Siglo XX. Historia y Sociedad en el Extremo Norte de Chile*, compilado por A. Díaz, A. Díaz Aguad y E. Pizarro, pp. 9-12. Universidad de Tarapacá, Arica.
- Fabian, J. 2014. *Time and the Other: How Anthropology Makes Its Object*. Columbia University Press, New York.
- Gavilán, V. 2005. Representaciones del cuerpo e identidad de género y étnica en la población indígena del norte de Chile. *Estudios Atacameños. Arqueología y Antropología Surandinas* 30:135-148.
- Gluckman, M. 2006. Ethnographic data in British social anthropology. En *The Manchester School. Practice and Ethnographic Praxis in Anthropology*, editado por T.M.S. Evens y D. Handelman, pp. 13-22. Berghahn Books, New York.
- González, H. 1996. *Características de la Migración Campesinista entre los Aymaras del Norte de Chile*. Corporación Norte Grande, Arica.
- González, H. 1998. *Características de la Inserción de Aymaras Chilenos y Bolivianos en el Área de Arica*. Taller de Estudios Andinos, Arica.
- González, S. 1995. El poder del símbolo en la Chilenización de Tarapacá. Violencia y Nacionalismo entre 1907 y 1950. *Revista de Ciencias Sociales* 5:42-56.
- González, S. 2004. *El Dios Cautivo. Las Ligas Patrióticas en la Chilenización Compulsiva de Tarapacá (1910-1922)*. Lom, Santiago.
- González, S. 2006. *Arica y la Triple Frontera, Integración y Conflicto entre Bolivia, Perú y Chile*. Aríbalo Ediciones, Iquique.
- González, S. 2008. *La Llave y el Candado. El Conflicto entre Perú y Chile por Tacna y Arica (1883-1929)*. Lom, Santiago.
- González, S. 2009. El Norte Grande de Chile y sus dos Triple-Fronteras: Andina (Perú, Bolivia y Chile) y Circumpuneña (Bolivia, Argentina y Chile). *Cuadernos Interculturales* 13:27-42.
- Guber, R. 2001. *La Etnografía: Método, Campo y Reflexividad*. Editorial Norma, Buenos Aires.
- Guizardi, M. 2018. When borders transnationalize people: Reframing the migrant transnationalism in the Andean tri-border area. *Etnográfica* 22 (1):169-194.
- Guizardi, M. y A. Garcés 2013. Circuitos migrantes. Itinerarios y formación de redes migratorias entre Perú, Bolivia, Chile y Argentina en el norte grande chileno. *Papeles de Población* 19 (78):65-110.
- Guizardi, M., F. Valdebenito, E. López y E. Nazal 2019. *Desventuras de la Frontera. Una Etnografía sobre las Mujeres Peruanas entre Chile y Perú*. Universidad Alberto Hurtado, Santiago.
- Gundermann, H. 1998. Pastoralismo andino y transformaciones sociales en el norte de Chile. *Estudios Atacameños. Arqueología y Antropología Surandinas* 16:293-319.
- Gundermann, H. y H. González 2008. Pautas de integración regional, migración, movilidad y redes sociales en los pueblos indígenas de Chile. *Universum* 23 (1):82-115.
- Gundermann, H. y J. Vergara 2009. Comunidad, organización y complejidad social andinas en el norte de Chile. *Estudios Atacameños. Arqueología y Antropología Surandinas* 38:107-126.
- Holahan, D. 2005. El uso de minas terrestres en Chile. Hacia una teoría de la frontera militar. *Civitas* 5 (2):343-351.
- Horta, H. 2010. *El Señorío Arica y los Reinos Altiplánicos: Complementariedad Ecológica y Multiétnicidad durante los Siglos de Pre-conquista en el Norte de Chile (1.000-1.540 d.C.)*. UCN/Ocho Libros, Santiago.
- Horta, H. 2011. El gorro troncocónico o chucu y la presencia de población altiplánica en el norte de Chile durante el período Tardío (ca. 1.470-1.536 d.C.). *Chungara Revista de Antropología Chilena* 43 (1):551-580.
- Instituto Nacional de Estadísticas de Chile [INE-Chile] 2018. *Características sociodemográficas de la inmigración internacional en Chile Censo 2017*. INE, Santiago.
- Instituto Nacional de Estadísticas de Chile [INE-Chile] 2020. *Estimación de Personas Extranjeras Residentes Habituales en Chile al 31 de Diciembre de 2019*. INE, Santiago.
- Instituto Nacional de Estadísticas de Chile [INE-Chile] 2022. *Estimación de Personas Extranjeras Residentes Habituales en Chile al 31 de Diciembre de 2021*. INE, Santiago.
- Invernón-Duconge, G. y M. Guizardi 2014. Afroariqueños: configuraciones de un proceso histórico de presencia. *Estudios Atacameños. Arqueología y Antropología Surandinas* 49:129-151.
- Larson, B. 1995. Andean Communities, political cultures, and markets: The changing contours of a field. En *Ethnicity, Markets, and Migration in the Andes: At the Crossroads of History and Anthropology*, editado por O. Harris y E. Tandeter, pp. 5-54. Duke University Press, Durham.

- Leiva, S., M.A. Mansilla y A. Comelin 2017. Condiciones laborales de migrantes bolivianas que realizan trabajo de cuidado en Iquique. *Si Somos Americanos* 17 (1):11-37.
- Leiva, S. y C. Ross 2016. Migración circular y trabajo de cuidado: Fragmentación de trayectorias laborales de migrantes bolivianas en Tarapacá. *Psicoperspectivas* 15 (3):56-66.
- Mangan, J.E. 2005. *Trading Roles: Gender, Ethnicity, and the Urban Economy in Colonial Potosí*. Duke University Press, Durham.
- McEvoy, C. 2011. *Guerberos y Civilizadores. Política, Sociedad y Cultura en Chile durante la Guerra del Pacífico*. Ediciones Universidad Diego Portales, Santiago.
- Meentzen, A. 2007. *Relaciones de Género, Poder e Identidad Femenina en Cambio. El Orden Social de los Aymaras Rurales Peruanos desde la Perspectiva Femenina*. Centro Bartolomé Las Casas, Cusco.
- Méndez, C. 1995. "Incas Sí, indios No". *Apuntes para el Estudio del Nacionalismo Criollo en el Perú*. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- Muñoz, I. 2019. Cronología del periodo medio en el Valle de Azapa, norte de Chile: estilos, fechados y contextos culturales del poblamiento humano. *Chungara Revista de Antropología Chilena* 51 (4):595-611.
- Murra, J. 1964. Una apreciación etnológica de la visita. En *Visita Hecha a la Provincia de Chucuito por Garci Diez de San Miguel en el año 1567*, editado por W. Espinoza, pp. 419-444. Casa de la Cultura del Perú, Lima.
- Murra, J. 1972. *El Control Vertical de un Máximo de Pisos Ecológicos en la Economía de las Sociedades Andinas*. Universidad Nacional Hermilio Valdizán, Huánuco.
- Núñez, L. y A. Nielsen 2011. Caminante, sí hay camino: Reflexiones sobre el tráfico sur andino. En *En Ruta. Arqueología, Historia y Etnografía del Tráfico Sur Andino*, editado por L. Núñez y A. Nielsen, pp. 11-41. Encuentro Grupo Editor, Córdoba.
- Podestá, J. 2011. Regiones fronterizas y flujos culturales: La peruanidad en una región chilena. *Revista Universum* 1 (26):123-137.
- Premo, B. 2000. From the pockets of Women: the gendering of the mita, migration and tribute in Colonial Chucuito, Peru. *The Americas* 57 (1):63-93.
- Quiroz, D., A. Díaz, L. Galdames y R. Ruz 2011. Campesinos andinos y políticas agrarias durante la Junta de Adelanto de Arica (Azapa, Lluta y la precordillera, 1959-1976). *Idesia* 29 (2):157-168.
- Rivera, S. 1996. *Bircholas: Trabajo de Mujeres. Explotación Capitalista y Opresión Colonial entre las Migrantes Aymaras de La Paz y El Alto, Bolivia*. Mama Huaco, La Paz.
- Rojas, N. y S. Bueno 2014. Redes de inclusión. Estudios sociolaborales de migrantes en Arica. En *Migración y Trabajo. Estudio y Propuestas para la Inclusión Sociolaboral de Migrantes en Arica*, editado por N. Rojas y J.T. Vicuña, pp. 56-100. OIM-Ciudadano Global, Santiago.
- Rojas, N. y C. Silva 2016. *La Migración en Chile: Breve Reporte y Caracterización*. OBIMID, Madrid.
- Ryburn, M. 2016a. Living the Chilean dream? Bolivian migrants' incorporation in the space of economic citizenship. *Geoforum* 76:48-58.
- Ryburn, M.J. 2016b. *Living the Uncertain Citizenship: Everyday Practices of Bolivian Migrants in Chile*. Doctor of Philosophy - School of Geography and School of Politics and International Relations. Queen Mary University, Londres.
- Sater, W. 2007. *Andean Tragedy: Fighting the War of the Pacific, 1879-1884*. University of Nebraska Press, Lincoln.
- Sempat, C. 1995. Exchange in the ethnic territories between 1530 and 1567: The visitas of Huanuco and Chucuito. En *Ethnicity, Markets, and Migration in the Andes: At the Crossroads of History and Anthropology*, editado por O. Harris y E. Tandeter, pp.101-134. Duke University Press, Durham.
- Servicio Nacional de Migraciones de Chile [SNM] 2024. *Minuta Población Migrante en la Comuna de Arica (marzo-2024)*. SNM, Santiago.
- Stern, J.S. 1995. The variety and ambiguity of native andean intervention in European Colonial markets. En *Ethnicity, Markets, and Migration in the Andes: At the Crossroads of History and Anthropology*, editado por O. Harris y E. Tandeter, pp. 73-100. Duke University Press, Durham.
- Tapia, M. 2012. Frontera y migración en el norte de a partir del análisis de los censos población. Siglos XIX- XXI. *Revista de Geografía Norte Grande* 53:177-198.
- Tapia, M. 2014. Extranjeros fronterizos en las regiones extremas de Chile: entre migración y circulación. 1990-2014. En *Migración y Trabajo. Estudio y Propuestas para la Inclusión Sociolaboral de Migrantes en Arica*, editado por N. Rojas y J.T. Vicuña, pp. 31-55. OIM-Ciudadano Global, Santiago.
- Tapia, M. 2015. Frontera, movilidad y circulación reciente de peruanos y bolivianos en el norte de Chile. *Estudios Atacameños. Arqueología y Antropología Surandinas* 50:195-213.
- Tapia, M., N. Liberona y Y. Contreras 2017. El surgimiento de un territorio circulatorio en la frontera chileno-peruana: estudio de las prácticas socioespaciales fronterizas. *Revista de Geografía Norte Grande* (66):117-141.
- Torero, A. 1992. Lenguas y pueblos altiplánicos en tomo al siglo XVI. *Revista Andina* 5 (2):329-405.
- Tung, T.A. 2008. Life on the move: bioarchaeological contributions to the study of migration and diaspora communities in the Andes. En *The Handbook of South American Archaeology*, editado por H. Silverman y W. Isbell, pp. 671-680. Springer, New York.
- Uribe, M. y A.L. Alfaro 2004. Acerca del dominio Inka, sin miedo, sin vergüenza. *Chungara Revista de Antropología Chilena* 36 (Número Especial 1):467-480.
- Uribe, M. y C. Agüero 2004. Iconografía, alfarería y textilería Tiwanaku: elementos para una revisión del Período Medio en el Norte Grande de Chile. *Chungara Revista de Antropología Chilena* 36 (Número Especial 2):1055-1068.
- Valdebenito, F. y M. Guizardi 2014. Las fronteras de la modernidad. El espacio Tacnoariqueño y la nacionalización del Norte Grande

chileno (1883-1929). *Revista de Estudios Ibero-Americanos*, 40 (2):277-303.

Vich, V. 2010. El discurso sobre la sierra del Perú: la fantasía del atraso. *Crítica y Emancipación* 3:155-68.

Vicuña, J.T., M. Guizardi, C. Pérez y T. Rojas 2015. Características económicas y sociodemográficas de la Región de Arica y

Parinacota. En *Migración y Trabajo. Estudio y Propuestas para la Inclusión Sociolaboral de Migrantes en Arica*, editado por N. Rojas, J.T. Vicuña, pp.37-48. Universidad Alberto Hurtado, Santiago.

Vitale, L. 2011. *Interpretación Marxista de la Historia de Chile*. Lom, Santiago.

Notas

- ¹ Todos/as los/las participantes del estudio recibieron y firmaron un documento de Consentimiento Informado explicitando sus derechos, las finalidades del estudio, instituciones y profesionales involucrados y usos de las entrevistas. Cada persona eligió el seudónimo/iniciales con los cuales sería anonimizada.
- ² La trashumancia también constituye una práctica cultural central para los grupos existentes en esta región desde su colonización temprana (Dillehay y Núñez 1988; Gundermann 1998; Núñez y Nielsen 2011).
- ³ Se hablaba el uru y sus variantes, entre ellas el uruquilla (Choque 2020).
- ⁴ En este periodo, la corona española ejerció la administración de los territorios que actualmente componen las inmediaciones de la Triple-frontera Andina bajo la unidad denominada "Corregiduría de Arica". Esta agrupaba la mayor parte del actual territorio de la Región chilena de Tarapacá, todo el territorio de la Región chilena de Arica Parinacota, más el actual departamento peruano de Tacna y Puno y partes significativas de la Región Andina de Bolivia (Choque 2020:2).
- ⁵ El "Norte Grande" está compuesto por tres regiones de la actual división político-administrativa chilena: Arica y Parinacota (capital en Arica); Tarapacá (capital en Iquique) y Antofagasta (capital en Antofagasta).

- ⁶ La población peruana en Arica disminuyó un 48% entre los años 1907 y 1920 (González 2004).
- ⁷ La persecución y expulsión de peruanos y bolivianos de este territorio fue operada por el Estado y por instituciones paramilitares (las Ligas Patrióticas Chilenas), haciendo uso de violencia y coerción física (González 1995, 2004).
- ⁸ Mientras se amigaba y extrañaba alternadamente con Perú y Bolivia, el gobierno dictatorial chileno no paró de militarizar la frontera, destacando hacia Arica contingentes militares provenientes de todo país -dando continuidad a la chilenización del espacio-. Arica constituye, en la actualidad, el territorio de mayor concentración de regimientos militares, miembros del ejército (activos y en la reserva), y almacenamiento de armas de guerra de todo Chile (Holahan 2005; Tapia et al. 2017).
- ⁹ Los estudios sobre las relaciones de género entre familias aymaras en Perú (Rivera 1996) y Bolivia (Meentzen 2007) corroboran estas apreciaciones.
- ¹⁰ La categoría "interseccionalidad" fue introducida en los años noventa por las feministas negras estadounidenses. Alude a que la experiencia de marginación social femenina se configura a partir de la articulación de factores condicionantes de la vulneración: la identidad de género, las discriminaciones étnicas, raciales y nacionales, la posición en la estratificación socioeconómica (Crenshaw 1991:1244).